

LAZOS FERROVIARIOS

Pii Piii! Ese sonido me acompañaba a todas horas, aunque tuve que soportarlo durante muchos años, nunca fui capaz de acostumbrarme a él. Vivía entre trenes, era lo que me tocaba... Me movía entre estaciones, pasajes y vagones como pez en el agua.

Era martes 23 de agosto de 1895, un día cualquiera en mi vida como fogonero. Me levanté temprano, esa mañana mi mujer y mi hijo me acompañaron hasta la estación. Íbamos a aprovechar la ruta que me correspondía ese día: Burgos-Valladolid, para visitar esta última ciudad. Creo que fue una de las veces que más emocionado vi al pequeño Manuel. Nunca antes me había acompañado al trabajo, no paraba de hacer preguntas y antes de que llegaran los pasajeros le enseñé en qué consistía mi tarea: yo era la pareja inseparable del maquinista (como decían algunos) y me dedicaba a alimentar el fuego del hogar de la locomotora de vapor. Era un trabajo duro, pero a mí me encantaba. Cuando los primeros viajeros comenzaron a subir al tren Manuel y Carmen, mi mujer, volvieron a sus asientos y yo comencé mi labor.

Llevábamos unas dos horas de trayecto cuando de repente noté un extraño traqueteo bajo mis pies, sentí como si la máquina se hubiese topado con algo y un instante después, ¡PUM! Se oyó un estruendo y el tren frenó en seco. Pregunté a mi superior que qué había ocurrido, pero estaba igual de confuso que yo. Decidimos que lo mejor sería alertar a los pasajeros de que había surgido un imprevisto, pero que mantuviesen la calma.

El Conductor, el jefe de tren y yo, fuimos a averiguar qué había ocasionado el parón. Abrimos las puertas y un calor abrasador nos recibió. Miramos a nuestro alrededor y lo único que vimos fue una gran explanada de cereal, no había ninguna construcción o rasgo que indicase dónde estábamos exactamente. Echamos un vistazo y no vimos nada fuera de lo normal, no entendíamos de donde provenía la avería.

Tras un rato debatiendo, llegamos al acuerdo de que lo mejor sería intentar llegar al pueblo más cercano y allí buscar ayuda. Una parte del personal ferroviario se quedó en el tren y algunos de nosotros nos fuimos, embarcados en una repentina aventura. Manuel y Carmen vinieron conmigo, aunque les insistí en que no lo hicieran, me daba miedo que el calor les afectase.

Comenzamos la caminata siguiendo un camino que salía de las vías hacia el sur, esperando que hubiera suerte y encontrásemos civilización antes de la hora de comer. Mi mujer y yo íbamos inventándonos historias para amenizar el rato a nuestro niño, le contamos como en otra época, esos campos que parecían un mar amarillo, habían sido tierra de batallas entre caballeros; donde había castillos, príncipes y princesas...

Una hora más tarde seguíamos andando y todavía no había ni rastro de otras personas a parte de nosotros. Estábamos sedientos y muy cansados; nos replanteábamos dar la vuelta, cuando sin esperarlo Manuel gritó ¡Mira papá, ovejas! A todos se nos iluminó la mirada, ya que eso significaba que el pastor debía estar cerca. Nos acercamos al rebaño y allí encontramos a un hombre menudo de mediana edad. Le contamos nuestra situación y le preguntamos hacia dónde debíamos dirigirnos. Él nos explicó que si seguíamos hacia adelante dos kilómetros más, hallaríamos una pequeña villa donde podrían ayudarnos.

Con la moral renovada, hicimos caso al buen hombre y continuamos nuestra travesía. Tras diez minutos vislumbramos una pequeña localidad a lo lejos. Cuando la alcanzamos, en una de sus calles, dos simpáticas mujeres que nos vieron un poco perdidos, nos acompañaron hacia una pequeña posada. Allí nos dieron agua, comida y buena conversación. Los que se hospedaban allí y los trabajadores, nos dijeron que habíamos ido a parar al pueblo de Venta de Baños, en el sur de la provincia de Palencia. Manuel comenzó a reírse cuando oyó ese nombre, la verdad es que era curioso cuanto poco. Su historia tampoco era común: nos dijeron que en la localidad de al lado se encontraba una de las basílicas visigodas más antiguas del país, donde según cuenta la leyenda el rey Recesvinto se curó de una enfermedad mortal al beber del agua de su fuente. Este relato dejó anonadado a mi pequeño y me hizo prometer, que después visitaríamos Baños (el pueblo vecino). Pero lo que más nos sorprendió, fue que esta localidad se originó precisamente entorno al sitio en el que nos encontrábamos: *La Venta*. Esta era una pequeña posada dedicada a acoger viajeros del ferrocarril, como nosotros, ya que Venta de Baños se encontraba en medio de un nudo ferroviario muy importante en España y partir de ella, se fue creando una comunidad que crecía y crecía a diario.

Muy contentos por su cortesía e historias, supimos que si les pedíamos ayuda para arreglar nuestro tren, no se negarían... y no nos equivocábamos, media hora después estábamos camino de las vías, acompañados por un gran grupo de voluntarios. Como

era un pueblo pequeño, se corrió la voz rápidamente y muchas personas dejaron sus labores para colaborar. Estaban el panadero, un par de amas de casa con sus hijos, el dueño de un bar, el alcalde... ¡si hasta se unió a nosotros el pastor que conocimos por la mañana! Al llegar a la locomotora, los que se quedaron allí, nos dijeron que ya habían dado con el problema: el tronco de un árbol estaba obstaculizando las vías.

Nos pusimos manos a la obra, mientras unos trataban de hacer palanca y levantar la parte de la locomotora que estaba obstaculizada, otros se metieron debajo y con todas sus fuerzas empujaron y levantaron el tronco. Aunque no fue fácil, tras un rato intentándolo lograron sacarlo, liberando finalmente los raíles.

Los tripulantes y viajeros no podíamos estar más agradecidos, por lo que decidimos alargar unas horas más nuestro viaje e invitar a comer a los lugareños en el interior del tren. Juntos reímos, compartimos distintas leyendas de nuestro lugar de origen y entablamos amistad con gente de diferentes partes de España. Cuando empezó a anochecer los pueblerinos, se fueron, no sin antes despedirse y nosotros les hicimos la promesa de que volveríamos para visitar ese pueblo que tanto nos había cautivado: Venta de Baños de Cerrato.